

El positivismo venezolano en el siglo XIX: su impronta en Ramón Isidro Montes

Roger Vilain-
Pontificia Universidad Católica del Ecuador

Dirección de Pastoral Universitaria
rvilain942@puce.edu.ec

Fecha de recepción: 26 de junio de 2017

Fecha de aprobación: 03 de diciembre 2017

Resumen: Las élites ilustradas de la Venezuela del siglo XIX, bebiendo en las fuentes de la Ilustración que en ese momento insuflaban con sus ideas a Hispanoamérica, pretendieron un proyecto de nación que trajera en consecuencia una república moderna. Desde su vertiente científica y social, nuestro país observó el auge espectacular de una cosmovisión que calaba con mayores bríos en el quehacer educativo venezolano. Desde este horizonte, en este trabajo intentamos, por una parte, seguir la pista y esquematizar el positivismo venezolano durante el siglo XIX y, por otra, reflexionar acerca de sus posibles influencias en Ramón Isidro Montes, un educador e intelectual guayanés que ejerció su magisterio en la segunda mitad del siglo que consideramos, evidenciando, a nuestro juicio, una honda convicción ilustrada y positivista reflejada en su pensamiento y a lo largo de toda su obra escrita. Se trata de un trabajo de investigación documental en el marco de la hermenéutica gadameriana. Su enfoque epistemológico es intuitivo-introspectivo.

Palabras clave: Ilustración, positivismo, republicanism.

The Venezuelan positivism in the 19th century: its imprint in Ramón Isidro Montes

Roger Vilain

Pontificia Universidad Católica de Ecuador

Dirección de Pastoral Universitaria

ABSTRACT; The learned elites of the 19th century in Venezuela, inspired by the Enlightenment movement that insufflated its ideas into Hispanic America by that time, had in mind a project for a nation that could give birth to a modern republic. From the scientific and social perspective, our country witnessed the spectacular rise of a cosmovision that left a mark in the Venezuelan educational practice. Parting from that horizon, in this work we try, in one hand, to track and schematize the Venezuelan positivism of the 19th century, and in the other, to reflect about its possible influence in Ramón Isidro Montes, a Guyanese teacher and intellectual that exercised his profession during the second half of the aforementioned century, when he gave evidence, according to our judgment, of a deep sympathy for the enlightenment and positivism's convictions, which are reflected in his ideas and in his oeuvre. This is a documental research approached from a Gadamerian hermeutic's perspective. Its epistemological scope is intuitive-introspective.

Keywords: Enlightenment, positivism, republicanism.

Es casi un lugar común en nuestros historiadores ubicar el período de aparición e influjo de la corriente ilustrada en Venezuela entre la segunda mitad del siglo dieciocho y la primera del siglo XIX. Aproximadamente una centuria de fuerte presencia en el hacer cultural del país de ese momento. Rafael Fernández Heres¹ lleva a cabo una demarcación histórica muy bien definida: los años que se extienden de 1770 a 1870 serán los que verán nacer y desarrollarse las ideas provenientes de la ilustración europea.

Fernández Heres, a propósito de la periodización que plantea, propone justamente el año 1770 como fecha de inicio sobre la base de una relación epistolar particular, esto es, la que mantienen el Padre A. Valverde y el Conde de San Javier, donde el primero lleva a cabo extraños e inusuales señalamientos “a la orientación aristotélico-tomista imperante en la enseñanza uni-

¹Para una aproximación sistemática a la Venezuela ilustrada y, en especial, al pensamiento educativo venezolano de ese período, Cfr.: Fernández Heres, Rafael (2009). Ideas y conflictos en la educación venezolana. Caracas: Academia Nacional de la Historia.

versitaria, y plantea la apertura a las ideas del Siglo de las Luces” (Fernández Heres:2009,29). Cierra el período propuesto cien años después, en 1870, debido a que éste será el año en que el gobierno de Guzmán Blanco emita el Decreto del 27 de junio, promulgando la extensión de la educación primaria gratuita y obligatoria. La justificación de tal periodización leámosla del mismo Fernández Heres:

Pongo esta relación temporal, a efectos metodológicos, porque durante estos años que van de 1830 a 1870, el lenguaje y su semántica empleados para ponderar el valor de la educación es muy al estilo del propio de la época de pleno apogeo de la pedagogía de la Ilustración; y en otros aspectos, en Venezuela, de 1830 en adelante, se observa que las verdades del pensamiento ilustrado se confunden con el mensaje del liberalismo. (Fernández Heres: 2009, 29).

Tomando como momento inicial el año 1770, es posible afirmar entonces que en nuestro país comienza a darse una paulatina mirada hacia nuevos horizontes intelectuales, los cuales terminarán por cubrir la amplia tela del entramado sociopolítico venezolano. Es a partir de ese año cuando una sensibilidad incipiente da signos de despertar, de modo que en lo sucesivo el desarrollo humano y político del país se gestará en función de incipientes valores diferenciadores, hasta bien entrado el siglo XIX, cuando el pensamiento ilustrado empalme con el Positivismo. Veremos que el Positivismo llevará adelante, con el testigo de la Ilustración incrustado en el nervio intelectual y como germen de lo que aquél representará para toda una época, la profundización extraordinaria de cuanto la Ilustración enarboló en tanto corriente filosófica-cultural que terminó marcándonos para siempre.

Para aproximarnos a la impronta ilustrada en Venezuela, es preciso acercarnos a los orígenes, es decir, a los primeros tiempos en que las ideas ilustradas toman contacto con la realidad del país. Para ello es preciso remontarse hasta el siglo XVIII, cuando suena el aldabonazo académico a propósito de los estudios universitarios y la tradición a la que pertenecen. La Iglesia Católica, como sabemos, fiel a la idiosincrasia y concepción medieval española en la puesta en práctica de sus haceres, ejerce gran influencia en el medio sociopolítico de la Venezuela de ese entonces. Es a partir de la segunda mitad del siglo XVIII cuando desde la universidad se empieza a cuestionar el modelo de enseñanza, el clima intelectual existente y, en líneas generales, se plantea la necesidad de introducir los valores y el espíritu que soplan desde Europa, no otros que los atinentes a la filosofía de la Ilustración.

Si bien tal acontecimiento es por completo nuevo en la realidad cultural de nuestro país, la fuerza con la que se inicia es bastante tímida. No se trata de atacar con radicalidad plena a la institución eclesiástica sino de percatarse de que distintos horizontes irrumpen en la cultura y en la mentalidad del hombre occidental. El quiebre entre la razón y la fe, característica esencial del movimiento ilustrado que aparece por primera vez en el escenario, no es entonces una realidad que se acoge con ímpetu para el momento. Ocurre, por el contrario, una tímida aproximación, una infiltración de contenidos intelectuales que poco a poco irá creciendo hasta hacerse presente, con solidez indiscutible, en el ámbito cultural de las próximas décadas. Privilegiar a la razón, al ser humano como centro y medida de todas las cosas, internalizar una cosmovisión antropocéntrica de la vida y del universo por encima del principio de autoridad y más allá de la imperante consideración teocéntrica de la realidad, tardará aún años en consolidarse, teniendo siempre muy en cuenta que jamás se llevó a cabo una subversión abierta o un desplazamiento total de los valores de la tradición cultural católica en Venezuela.

Los aires de modernización llegan con debilidad pero van cumpliendo su función. No se piensa ni se persigue, como hemos mencionado ya, menoscabo alguno de la enraizada tradición católica. Sólo se insiste, luchando por ello desde el interior de las instituciones universitarias (en Caracas con mayor fuerza, lógicamente) un cambio, una reorientación, una reestructuración de lo que en el seno de la vida universitaria se imparte. Tal exigencia pretende tocar de manera directa a los estudios superiores, inoculándoles las enseñanzas preconizadas por el movimiento ilustrado. Si los libros que dan cuenta de lo que conocemos como “filosofismo” circulan entre los estudiantes -con bastante lentitud al principio pero con mayor avidez en lo atinente a su consumo a medida que transcurre el tiempo- más temprano que tarde desde las entrañas de la academia surgirá el anhelo de incorporar en los estudios universitarios las ciencias fisicomatemáticas y las artes mecánicas.

Lo anterior, dar cabida a tales áreas de conocimiento y minimizar entonces el privilegio de la concepción aristotélico-tomista, es el primer paso impulsado desde la academia para la aproximación intelectual a los aires de la Ilustración, en especial desde el grupo de avanzada que representan sus profesores y estudiantes más brillantes e informados. Es a lo que apunta Padrón Ferrer (2006) cuando sostiene que

En lo que tiene que ver con el pensamiento filosófico, en esta última etapa de la colonia ocurren una serie de acontecimientos mediante los cuales la vida de estos pueblos empieza a sentir como una inquietud, que va siendo más notoria en la intelectualidad criolla. Un aire libertario invade los círculos sociales, que a escondidas y en círculos cerrados leen a los más claros pensadores europeos. Estos libros, que vienen de contrabando en los llamados “Navíos de la Ilustración”, entre otros comprenden las obras principales del iluminismo francés de Diderot y D’Alembert, tituladas Enciclopedias de las Ciencias, de las Artes y de las Industrias. Así como también las obras de Voltaire, Turgot, Holbach, Grima y J.J. Rousseau. Por lo que puede afirmarse que hay en esta literatura un elemento ideológico, que conspiraría resueltamente contra el régimen monárquico y contra la doctrina del Medioevo que impuso la iglesia en este continente (...) Este aire libertario (...) resuena en la universidad, donde se van dando situaciones que obligan a producir cambios importantes. (Padrón Ferrer: 2006, 105-106).

Los cambios, en efecto, se dan a un ritmo que no por lento incide menos en el contexto general. Así, la tendencia intelectual y pedagógica que va cobrando fisonomía luego de la introducción de las ciencias fisicomatemáticas y las artes mecánicas en los

estudios universitarios, implica el objetivo de acercarse a cierto utilitarismo del conocimiento, enfocado hacia prácticas y saberes íntimamente vinculados con el progreso en el comercio, por ejemplo, o en la agricultura, tanto en la región capital central como en otros rincones de la geografía del país. La perspectiva de consecución de saberes útiles, prácticos, fundamentales en la vida cotidiana de la gente, enfrentados a la tradición escolástica medieval sembrada en la universidad venezolana, irrumpe entonces por vez primera en el escenario académico de fines del siglo XVIII.

En este orden de ideas, vale notar cómo en Ramón Isidro Montes² calan los valores de la ilustración que hasta ahora mencionamos. El intelectual venezolano (guayanés), en línea de pensamiento que concuerda con las ideas generadas por la cultura ilustrada, se interroga: “Contrayéndome únicamente á la instrucción, yo pregunto:¿la que se ha dado en nuestras Universidades y Colegios responde á las necesidades de nuestro país?”(Montes: 1891,149). Si a ver vamos, Montes apunta a la crítica que amerita un modo de actuar divorciado de la realidad del país. Significa entonces que el hacer político, comercial, social y, en fin, cultural de la Venezuela que le tocó vivir no responde por una parte al contexto que le es inherente y, por otra, se aleja de las verdaderas necesidades del país como un todo. Necesidades tales que exigen un esfuerzo de atención sobre la base de lo que podría lograrse si se encaminan esfuerzos por conocer el entorno y posteriormente a aprovecharlo desde una óptica utilitarista. Así las cosas, es posible notar desde ya cómo la corriente ilustrada se asienta en el ser y en el hacer de Montes. En el ser, puesto que se sabe consciente, depositario, de los valores ilustrados, y en el hacer, debido a que sus ideas respecto a la necesaria utilidad del conocimiento se ven ligadas, vía una praxis empírica, con el ámbito local al que se pertenece.

Continuemos leyendo, a propósito de lo anterior, a Montes:

La agricultura es la fuente principal de nuestra riqueza; nuestras feraces tierras producen hasta espontáneamente el cacao, el café, la caña de azúcar el algodón, el añil, cuyos frutos hacen el tesoro del rico, y abundancia de granos y de legumbres que hacen la riqueza del pobre: ¿en dónde están las escuelas de Agricultura? ¿en dónde las clases de Química y de Botánica en su aplicación á la agricultura? ¿en dónde la enseñanza de los métodos prácticos para labrar y cultivar la tierra? (149-150).

Como es posible notar, Ramón Isidro Montes proporciona claras muestras de apego a la vertiente educativa que nos llega de los ilustrados europeos.

Ahora bien, dentro del amplio espectro de lo que conformó el pensamiento ilustrado en Venezuela, los historiadores coinciden, tal como se sugirió al comienzo, en que ejerció su mayor influencia por un período de cien años (1770-1870) y, asimismo, evidenció tres fases o estadios fundamentales a lo largo del tiempo en que el país recibió su mayor influjo. De este modo, observemos que la corriente de la Ilustración en Venezuela no se dio de una misma forma ni con idénticos protagonistas sino que, por el contrario, el ámbito de lo académico, lo militar revolucionario o lo civil llevaron adelante sus particulares improntas en función del rumbo que tomaban los acontecimientos del país tanto en lo político como en lo social y económico.

Según Rafael Fernández Heres (2009) son tres las etapas clave desplegadas en Venezuela gracias al influjo de la corriente ilustrada proveniente tanto de Francia como de España, caracterizadas en función de sus tiempos de aparición y permanencia, es decir, del momento en que evidencian su mayor despliegue e influencia y del signo sociológico predominante en cada una de ellas. De tal manera que, para referirnos al primer momento (1770-1810), éste se caracteriza en lo esencial por denotar exigencias a favor de una renovación de los estudios universitarios en la que tengan cabida la enseñanza de las ciencias como herramientas para hallar la verdad, en detrimento de la tradición aristotélico-tomista. El segundo momento (1810-1830) se vincula de forma inextricable con el hecho independentista y será entonces uno de carácter revolucionario, pues se trata de buscar y encontrar fundamentos ideológicos para la República que pretende erigirse una vez consumada la independencia política de la metrópolis. En cuanto a la tercera etapa (1830-1870), ya obtenida la libertad política por la que se ha luchado tanto, supone el reacomodo y supremacía del estamento civil sobre la jerarquía eclesiástica, lo que estará orientado hacia la construcción de un Estado laico sustentado en instituciones de raigambre secular.

Considerando la primera etapa referida anteriormente, Fernández Heres sostiene lo siguiente:

En Venezuela son hombres de Iglesia como A. Valverde y Baltasar de los Reyes Marrero, que aprendieron el pensamiento Ilustrado leyendo, entre otros autores, a Benito Jerónimo Feijóo, Juan Antonio Verney (El Barbadiño), Francisco Jacquier, Lorenzo Altieri, Francisco Villalpendo, C. Rollin, Condillac, Antonio Genovessi, Tomás Vicente Tosca, Fenelón y Pedro Ballerini, los que promueven la modernización de los estudios, bajo una orientación renovada. Valverde y Marrero se distinguen por cuestionar el estatuto académico de la Universidad de Caracas que imparte sus enseñanzas bajo la inspiración de Aristóteles y de Santo Tomás en un siglo tan ilustrado como el nuestro, según acotaba Valverde; y otros, que de seguidas profundizan el cauce de las reformas de la educación como Juan Agustín de la Torre, Miguel José Sanz, Evaristo de Buroz, Simón Rodríguez y Francisco de Andújar (...). (Fernández Heres: 2009, 33).

El ambiente cultural en la Caracas de fines del siglo XVIII se muestra dispuesto para la profundización de cuanto se viene exigiendo en el plano de lo académico-educativo. Es posible percibir además un creciente clima de libertad espiritual, nunca antes experimentado, que terminará por decantarse en lo que hemos considerado como la segunda fase del pensamiento ilustrado

² En adelante, las citas del ilustre educador serán, al final, acompañadas del número de página respectivo, colocado entre paréntesis. Asimismo, serán tomadas de: Montes, Ramón Isidro (1891). Ensayos poéticos y literarios. Colección de composiciones en prosa y verso. Caracas: Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional.

venezolano. En ese orden de ideas, el movimiento intelectual que se está forjando pretende entonces, también en palabras de Fernández Heres,

La renovación de las directrices y los métodos de educación para que respondiese a nuevas exigencias, y la exposición de nuevos conceptos, como los que expresaban los estudiantes en sus tesis, reveladores de las bondades del método experimental y de la primacía que se debe dar a la experiencia en el examen de las cuestiones naturales (...) reacción contra la formal tradición docente y el uso del principio de autoridad (...) cabida a la progresiva entronización del racionalismo e independencia de criterio frente al imperio del orden metafísico tradicional. (Fernández Heres: 2009, 35).

La experiencia, el hecho empírico, entonces, vistos y considerados como elementos fundamentales al momento de pensar en nuevas formas de vincular al estudiante con su entorno. La práctica en función del contexto particular, factor determinante que conforma la realidad única a la que se pertenece, todo ello tendrá cabida (lo cual es uno de los postulados clásicos de la Ilustración) entre el abanico de pretensiones instauradas por quienes desde Venezuela se aproximan al ámbito de la corriente ilustrada.

A propósito de lo anterior, continuemos hurgando en las propuestas educativas de Ramón Isidro Montes y leamos cómo, en sus escritos, empalma sin ambages con el pensamiento ilustrado:

Nuestra zona pastoril abunda en pampas á propósito para la cría de ganado y de bestias: la industria pecuaria es también copiosa fuente de riqueza pública y privada: ¿en dónde están las escuelas de veterinaria? ¿en dónde la enseñanza de *los métodos prácticos* para conservar y mejorar y conservar las razas de animales *útiles* al hombre? (150, nuestro).

Las afirmaciones de Montes evidencian que la cultura moderna ha encontrado en él un nicho efectivo para asentarse y florecer. No en balde, durante toda su vida de intelectual y educador, llamó a la puesta en práctica de un modo de vincular al estudiante con el medio que lo rodea sobre la base de la experiencia y el seguimiento del método científico, tan en boga en la propedéutica ilustrada y, luego, retomada y profundizada por los positivistas.

Nótese cómo en el texto citado Montes extraña y exige “métodos prácticos” y, asimismo, echa mano del término “útiles”, justamente para referirse a la necesidad que tienen nuestros pueblos de observar el medio del que forman parte, conocerlo, escudriñarlo empíricamente y sobre tal hecho promover entonces los mecanismos educativos que conduzcan a la obtención de provecho utilitario.

Como ejemplo adicional, sumamente ilustrativo de cuanto decimos, leamos nuevamente al propio educador guayanés:

La zona de las selvas en Venezuela, es inmensa: nuestro Estado (pena da decirlo, pero es la verdad), nuestra querida Guayana no es sino un gran desierto: véase uno que otro pueblo civilizado en medio de selvas y montañas vírgenes: nuestra naturaleza física se halla en estado de conquista, árboles seculares, selvas impenetrables en donde no ha resonado aún el hacha del leñador, tierras no holladas todavía por la planta del hombre civilizado: los bosques del Caura, del Paragua, del Caroní y del Rionegro, las feraces tierras contenidas dentro del Delta del Orinoco, están requiriendo la industria, la mano del hombre, para convertirse en emporios de riqueza: ¿en dónde está la enseñanza de las artes mecánicas que nos ponga en capacidad de vencer á esa naturaleza rebelde que es hoy nuestro mayor enemigo? ¿en dónde el estudio de las ciencias físicas y naturales que nos haga conocer y explotar los tesoros de riqueza vegetal que guardan nuestras selvas y montañas vírgenes? (...) Las entrañas de la tierra esconden preciosos tesoros de riqueza mineral (...) Guayana tiene un corazón de oro: aquí está, no hay que dudarlo, el famoso Dorado; y bien, ¿en dónde está el estudio de la mineralogía y de la minería? (150).

Ramón Isidro Montes apuesta nada menos que por el vínculo efectivo entre nuestra gente y el medio que les rodea. Para ello, para que semejante conexión se dé, es precisa la compenetración con él, el uso de la ciencia experimental, pues sólo así será posible vencer a la naturaleza indómita, doblegarla, obtener como recompensa los frutos que tal acción produciría sin dudas. El pensamiento ilustrado, como andamiaje que sustenta un positivismo expreso, existe como convencimiento en Montes, patentizado además en su obra intelectual. Montes habla de civilización, de avance, de progreso material, y prevé además la posterior dicotomía, tan presente en nuestro siglo XX, entre civilización y barbarie.³

Como último ejemplo de cuanto hemos indicado en relación con la Ilustración en Venezuela y el desarrollo de su primer momento, baste lo que Rafael Isidro Montes continúa sosteniendo, ejemplo adicional de cómo su condición de hombre ilustrado se expresa a través de sus ideas y su pluma. Leamos:

Inmensa red de ríos cruza en todas direcciones nuestro suelo; son fáciles caminos que nos ha dejado la naturaleza; pero algo le toca hacer todavía á la industria y al trabajo del hombre: á algunos es preciso canalizarlos: ¿en dónde está la enseñanza de las artes de ingeniería práctica que nos ponga en aptitud de abrir caminos, de construir canales, de fabricar ó siquiera dirigir una máquina de vapor, que es el gran motor del siglo XIX? Nuestros conciudadanos muestran aptitud é inteligencia para las artes; no faltan genios, pulula el talento entre los hijos de los hombres que se consagran á vivir del trabajo material: demasiado hace el pobre oficial de albañilería ó de carpintería ó de herrería, entregado á sus solos esfuerzos y á la dirección del maestro: ¿en dónde están las escuelas de Artes y oficios,

³ Para un mayor acercamiento al debate civilización-barbarie en la literatura y cultura venezolana del siglo XX, Cfr.: Óscar Sambrano Urdaneta y Domingo Miliani (1994). *Literatura hispanoamericana*. Caracas: Monte Ávila.

que les enseñen las reglas de cada arte, que los acostumbren al buen gusto, que los inicien en los misterios, en el culto de lo bello? (151)

La visión educativa de Montes entronca, como podemos percibir a lo largo de los ejemplos traídos para ilustrar el punto, con la propuesta que enarbola la Ilustración, aquella orientada, tal como hemos sugerido ya, a la praxis íntimamente relacionada con el medio al que se pertenece, de modo de obtener así la “ganancia” utilitaria respectiva. La tradición escolástica medieval, sustentada en un hacer educativo que apela al hecho metafísico, a la fe por encima del conocimiento verificable, debe ser entonces superada. Ciencia, razón, experiencia como mecanismo fundamental para entroncar con la verdad ahora llamada científica, serán los valedores epistemológicos del saber que poco a poco se hace dominante. Un nuevo tiempo se hace presente y los cambios que conlleva se imponen en lo intelectual y lo académico.

A este respecto es importante traer a colación la asunción de Ramón Isidro Montes de la fe católica. Es un firme creyente, un hombre de convicciones religiosas fuertemente arraigadas, es un católico que vive y expresa tal condición sin cortapisas. Pero cabe señalar un punto esencial: aun cuando lo anterior se da en él sin fracturas a lo largo de su fructífera existencia, los vientos de la Ilustración calan en su pensamiento de una manera que, finalmente, no está reñida con su postura religiosa. Como veremos, Ramón Isidro Montes da cuenta de la Ilustración –y más adelante evidenciaremos que también del Positivismo, pues se alimentó de ambas corrientes– con la pasión y entrega del intelectual ilustrado que no descansa a la hora de promover y vivir sus postulados fundamentales, pero asimismo haciéndolos convivir con la dimensión espiritual que nunca dejó de lado.

Si bien es posible afirmar, como lo hace Rom Harré (2005) que

El desplazamiento más o menos completo de la religión de la escena central tardaría aún largo tiempo en acaecer, no será hasta el siglo XIX cuando un filósofo, Nietzsche, proclame la muerte de Dios y un poeta, Thomas Hardy, escriba su oración fúnebre. (Harré: 2005, 209).

no es menos cierto que, entrada ya la corriente positivista en Venezuela, podremos observar una vertiente de ésta en la que es posible encontrar casos como el de Montes: intelectuales que piensan y actúan como positivistas en tanto siguen sus tesis centrales, pero a la vez entregados a la fe y al espacio de lo espiritual sin que fluya en tal hecho contradicción irreparable. Ramón Isidro Montes, en la práctica, fue un hombre que bebió de las fuentes de la Ilustración, como hemos visto, y se sumergió, como veremos, en la corriente positivista sin menoscabo ni rechazo alguno del ámbito metafísico.

Aproximándonos ahora a la segunda etapa de la corriente ilustrada en nuestro país, es necesario mencionar que la idea de estructurar una República, asunto cuyos inicios se producen en 1810, se encuentra estrechamente ligada a la educación, es decir, al convencimiento de que es imperativo formar ciudadanos deslastrados de la servidumbre a la Corona. Resulta necesario que de súbditos se dé el salto al ejercicio de una ciudadanía que sólo es posible obtener apelando a las luces, a la acción educativa que altere de manera sustancial la forma de vida y cosmovisión de quienes habitan el territorio nacional. Se trata de un proyecto de Estado difícil y lento, pero llamado a sustentar ideológicamente la independencia, amén de la construcción de ciudadanía antes referida.

“Aparece entonces una pedagogía cívica”, nos dice Rafael Fernández Heres,

y para el procerato criollo, como lo fue para los líderes de la revolución francesa, el tema de la educación, de su necesidad de difundirla en función del proyecto político, es una constante que aflora en diversas manifestaciones y momentos; y eleva el rol del maestro porque quien enseña y educa imparte luces y conocimientos, y en opinión de Francisco Javier Yanes “ejerce una magistratura, que es en definitiva la que cría y vivifica la sociedad, funda las costumbres y los hábitos y por consiguiente establece las leyes”. (Fernández Heres: 2009, 35).

De eso se trata, de fundar leyes, de educar para el proyecto gigantesco que es preciso adelantar, no otro que labrar una República.

Se parte del principio de que la educación es parte inextricable del horizonte republicano, teniendo como norte la meta de formar ciudadanos desde la primera infancia, lo cual pasa por inculcar respeto y verdadero afecto a las leyes, al prójimo (que es también otro ciudadano, con idénticos deberes y derechos a los que cada quien asume en tanto individualidad), a la legalidad y al espacio cultural erigido alrededor de la idea de patria y de Estado de Derecho. De este modo, la educación es uno de los valores supremos, al punto que educar al pueblo será concebido también como uno de los deberes del gobierno.

Es importante tener presente que para esta segunda etapa la literatura ilustrada orientada a la búsqueda del saber y a la siembra de una cultura que deriva en el interés por lo científico, lo experimental y la irrupción de las artes útiles, no es el único aspecto que desde lo intelectual y lo académico fluye en nuestro país. Se da de igual modo, con profusión e intensidad, la circulación de libros y material vinculado con lo que se conoce como filosofismo, en especial de corte político, con el objeto de minimizar y reblandecer la tradición monárquica hispana. Como es posible observar, el proyecto de erigir una República tiene como su aliado clave al hecho educativo, enclavado en sus ideales y objetivos al pensamiento Ilustrado que le sirve de inspiración. Esta segunda etapa, sin dudas, cobra carácter sedicente y no podía ser de otra manera: estaba en juego el ideal libertario de quienes se transformarían luego en los próceres de nuestra independencia, ya para alcanzar las metas trazadas echaron mano del piso ideológico e intelectual del que se alimentaron.

Manifiesta Fernández Heres a propósito de la ingente bibliografía existente ya en los predios venezolanos en relación con el filosofismo, que

estos autores circulaban en tal abundancia que el Arzobispo de Caracas, Monseñor Coll y Prat, expresaba al Rey, refiriéndose al estado político de la provincia, que “tiempo y manos me han faltado para recoger y consumir tantos libros incendiarios” (...) Visualizando así el ambiente político, social y cultural por la información del Arzobispo Coll y Prat, el proyecto político de los patriotas que consistía en crear un Estado de corte republicano y en la formación de una sociedad democrática, continuaba su carrera. (Fernández Heres: 2009, 36-37).

El punto de fuga que se encuentra detrás de semejante proyecto de liberación es el acceso de la sociedad como un todo a la felicidad. Procurar felicidad, entonces, de la mano de la paz social y la educación, lo cual se transformará en la tarea impostergable del gobierno que se precie de republicano. El clima imperante durante trescientos años de dominación española, el absolutismo como sistema de dominación habían creado una situación general de ignorancia, atraso e infelicidad social que era la antítesis de los valores de la Ilustración. Un pueblo ignorante, sumergido en la oscuridad de la miseria, es un pueblo incapaz de mantener una República. El deber inmediato es asumir el compromiso de trastocar la realidad presente y concretar el proyecto soñado.

Es de esta manera que

para superar esta situación de ignorancia que ponía en peligro la deseada libertad, los líderes de la revolución de Caracas declaraban en el manifiesto titulado Proclamación de los Derechos del Pueblo del 1° de julio de 1811, que la instrucción es necesaria y que la sociedad debe ponerla al alcance de todos. Con esta declaración los líderes de la revolución daban rango político sobresaliente a la educación puesta al servicio de su proyecto; como factor modelador del carácter republicano y de los valores que éste requiere, y se la coloca como institución social básica del nuevo Estado. (Fernández Heres: 2009, 38).

Al respecto, Ramón Isidro Montes deja entrever en su pensamiento, en su ilación intelectual, una actitud estrechamente vinculada con los valores que el republicanismo enaltece, difunde y procura mantener en boga. En un escrito acerca de las democracias, llega a decir que

Ni las consideramos como fin de las aspiraciones humanas, sino como medios que establecen las naciones para llegar á su fin, que es la *felicidad* de los pueblos, y para satisfacer esa aspiración indefinida á la perfección, que constituye en el hombre la *sabiduría* y en los pueblos la *civilización*. (11, nuestro).

Valórese el paralelismo entre los pilares de la educación ilustrada asumida por el proyecto republicano y la impronta que al respecto observa Montes cuando habla de la “felicidad” de las naciones, de la “sabiduría” en el hombre y de la “civilización” de los pueblos.

Uno de los muros que era necesario derrumbar por quienes se empeñaban en la tarea de levantar una República era la marca muy profunda que el absolutismo había impuesto en la conciencia y la idiosincrasia de la población, es decir, la asunción del vasallaje. Semejante lastre era necesario erradicarlo más temprano que tarde, y desde este horizonte los líderes de la Independencia, de la mano de un nutrido grupo de la sociedad civil, emprendieron el duro trabajo de educar, lo que fue consecuencia de una causa fundamental: la necesidad de cambiar un modelo, una forma de convivencia en sociedad, una cosmovisión fraguada durante el tiempo que duraba la imposición de los valores de la metrópolis.

Que el núcleo de hombres más preclaro con que contaba el país se hubiera percatado de tal realidad no fue un evento casual, las concepciones ilustradas provenientes de Europa (y también de la España imperial) ejercían su función y poco a poco el clima intelectual y social adoptaba las variantes requeridas para el cambio que se proyectaba producir. Es así como desde la capital se emprenden con ímpetu la creación de medios expeditos para facilitar e impulsar la actividad educativa que tanta falta hace. La prensa, la elaboración de folletos diversos, la impresión de libros a propósito del fin que persiguen, todo lo cual irá sentando las bases de una nueva actitud frente al saber, frente a las ideas de libertad y frente a la conducta general que todo ciudadano internaliza sobre la base del sistema político al que se debe.

Con tal norte fijado como meta ineludible, Rafael Fernández Heres afirma que

se crearon o se estimuló la fundación de planteles: Universidad de Mérida, Academia Militar de Matemáticas, Escuela Pública Náutica, Cátedra de Anatomía, Academia de Instrucción de Nivel Medio, Cátedra de Esgrima y Baile, de Dibujo y Pintura y de Teatro; se proyecta la organización de una biblioteca pública siendo significativo el aporte de Roscio para equiparla; y se orienta a las sociedades patrióticas de Caracas, Barcelona, Valencia y Puerto Cabello para que se constituyan en centros de educación cívica y así formar opinión consciente del hecho político que se vivía. Los españoles también eran conscientes del valor de estos medios de persuasión y tomaron algunas medidas para contrarrestar el efecto de la actividad patriótica y conservar la lealtad de los criollos, (Hernández Heres: 2009, 39).

La empresa educativa se encuentra en plena eferescencia. No es posible alterar las condiciones de vida del país, cambiar el rumbo y la mentalidad instalada en el grueso de la población, sin la verdadera acción de una educación que rebase las paredes de la que hasta el momento ha existido. La labor de inoculación de ciudadanía libertaria tiene que desarrollarse sin pérdida de tiempo, y desde semejante convicción la causa republicana invierte energía, tiempo y recursos materiales indispensables para la el logro de sus proyecciones.

Ya Simón Bolívar, a expensas de los costos de la guerra pero sabiendo de la necesidad imperiosa de proporcionar instrucción

generalizada en función de la realidad que es preciso instaurar, toca el asunto educativo en el discurso del Congreso de Angostura, llegando incluso a proponer la necesidad del Poder Moral, a partir del cual, y desde una rama de los poderes públicos, se velaría por la educación inicial del pueblo en líneas generales.

En síntesis, la segunda etapa del pensamiento ilustrado en Venezuela dio forma a la búsqueda de procurar una República y erigir sustento al anhelo independentista, cuestión que descansó sobre los hombros de una idea de educación imprescindible, de corte eminentemente ilustrado, a la hora de siquiera pensar en deslastrarnos de la corona española.

En cuanto a la tercera etapa (1830-1870), es posible afirmar que una vez separados de la Gran Colombia, tomando como fecha entonces el año 1830, el quehacer práctico de las ideas ilustradas decanta hacia lo que Fernández Heres ha llamado “la secularización de la educación”, es decir, el apartamiento, aunque no de modo radical, de la educación sustentada por la teología y por la influencia directa de la Iglesia. Es preciso resaltar aquí que esta tercera etapa se ve fuertemente marcada por la Ilustración y sus avenencias con el Liberalismo como doctrina política y modo de vida, lo cual implica, como resulta lógico suponer, que el afán secularizador ya mencionado cobre significación y mayor auge.

Es en tales circunstancias cuando uno de los objetivos republicanos se enmarca en conseguir la preeminencia del Estado ante la tradicional autoridad de la Iglesia Católica como institución, haciendo la salvedad de que en nuestro territorio tal pretensión, en su generalidad, no terminó fraguando la separación total del ámbito estatal del eclesiástico. En Venezuela, como realidad social, no se observó niveles explosivos ni mucho menos se consolidó la intolerancia mutua en tales espacios.

Al pretenderse la secularización de la educación y hacerla independiente de los influjos del catolicismo, la escuela laica como idea en boga pasa a ubicarse en los primeros planos de las discusiones del momento. Será Tomás Lander quien, ya entrada la tercera década del siglo XIX venezolano, se constituya en uno de sus principales impulsores, pues como intelectual y hombre influyente en la sociedad del momento, hará valer su condición de liberal.

Es así como, ya avanzado el siglo XIX, la tercera etapa de influencia del pensamiento ilustrado venezolano empalma con la llegada del Positivismo, recibiendo éste un profundo sustento político expresado por el gobierno a raíz de la revolución de abril del año 1870. A estas alturas se ha adelantado el proceso de secularización referido con anterioridad. Tal secularización se ha llevado a cabo con mayor notoriedad e intensidad en los estratos universitarios y, obviamente, en la pérdida parcial de privilegios de la institución eclesiástica. Es necesario aclarar desde ya que la influencia religiosa, doctrinaria de la Iglesia, sin embargo, no permanece del todo alejada del ámbito universitario.

La doctrina positivista, a mediados de la segunda mitad del siglo XIX, llega a Venezuela impulsada igualmente por las ideas de avanzada que se han gestado en Europa, haciendo suyas el hecho fundamental de la búsqueda del progreso y el desarrollo. Si quienes se transformaron en los líderes militares y civiles de la independencia bebieron de las fuentes de la Ilustración y fueron receptáculos -no pasivos- de la filosofía de Rousseau, Condillac, Montesquieu, Destutt de Tracy y otros, aquellos inauguradores del positivismo en Venezuela experimentaron experiencias más o menos parecidas, pues sus inspiradores más próximos y de los que tomaron directrices e ideas de inmenso arraigo a partir de ese momento, fueron los positivistas más preclaros tanto de Francia como de España. Desde aproximadamente 1870 hasta después de finalizada la II Guerra Mundial, ciertas necesidades perentorias de los pueblos latinoamericanos, con sus matices y diferencias, permitieron la influencia y el hecho de volver la mirada hacia las concepciones de orden positivo. Como hemos mencionado con anterioridad, los anhelos de sustituir o desplazar una estructura metafísica (orden religioso espiritual) compleja y confusa y, además, la necesidad de refundar jurídica y políticamente a la República, provocan, precipitan la adhesión de nuestra clase militar e intelectual al positivismo como cosmovisión y corriente filosófica.

Cuando hablamos de positivismo, justo por ser éste un movimiento que abarca al hecho humano desde un horizonte abierto, es decir, desde variadas perspectivas (la perspectiva social, política, científica, económica, humanística), corremos el riesgo de entrar en un terreno que tiende a la confusión, a la poca claridad en función del ámbito particular que, epistemológicamente, ocupa. Es así como no es improbable que se presenten solapamientos, confusiones, entre el positivismo con, por ejemplo, el materialismo, el empirismo o el sensualismo. Existen entonces, y es preciso tenerlo en cuenta, distintas tendencias que el positivismo como tal ha originado, produciendo en consecuencia una familia de ideas en ciertos aspectos a veces contrarias entre sí pero que, en el fondo, manifiestan la pertenencia a un punto común intelectual, a una filosofía que las cobija y asimismo unifica. Es posible entonces notar el positivismo comteano, producto del pensamiento del gran intelectual francés, y otro derivado de quienes se han alimentado de su fuente: Lafitte y Littré. Otro, asimismo, sustentado en las ideas de Spencer y Charles Darwin, por lo que estamos en presencia aquí de un positivismo evolucionista. De igual manera existe otra corriente vinculada a filósofos como Hipólito Taine, Mill o Renan y aquél positivismo de Haeckel o monismo materialista, así como derivaciones diversas a propósito del materialismo mecanicista (Büchner, etc.). La Escuela de Lombroso y el científicismo, del mismo modo, caben dentro de esta clasificación general.⁵

En cuanto al positivismo como filosofía, Ángel Capelletti afirma lo siguiente:

El positivismo, como el socialismo, tiene su origen en Francia, en las primeras décadas del siglo XIX. Su indudable fundador es Augusto Comte y su definición está dada por un determinado concepto, aparentemente claro y sencillo, del conocimiento: lo único que se puede conocer es el hecho. Por “hecho” se entiende el fenómeno, es decir, lo que aparece a los sentidos, pero si el fenómeno no es algo puesto por el sujeto sino algo dado, es decir, algo real y extra-mental, y si detrás de él no hay esencia ni sustancia alguna, el hecho o fenómeno mismo se presenta como

4 Para un mayor acercamiento a tal cuestión, Cfr.: Ferrater Mora, José (1994). Diccionario de Filosofía. Tomos I y II. Barcelona: Ariel.

5 Cfr.: Capelletti, Ángel (1992). Positivismo y evolucionismo en Venezuela. Caracas: Monte Ávila.

última realidad y como Absoluto. (Capelletti: 1992, 12).

Considerando la idea central de la definición aportada por Capelletti, llegamos a la conclusión de que el positivismo, en tanto evidencia epistemológica, reconoce al fenómeno que está al alcance de nuestros sentidos y, en tal sentido, tal fenómeno es asimismo un Absoluto, pues se sustenta en su condición de “algo dado”, “última realidad” que no tiene asideros de orden metafísico o religioso. Sin embargo, del positivismo comteano, como hemos visto, surgen corrientes, como la filosofía de lo incognoscible de Spencer, que claramente incorporan la posibilidad de lo metafísico, es decir, mantienen en sus concepciones de base un vínculo con lo no necesariamente factual.

El Cours de philosophie positive (1830-1842) de Comte descansa sobre tres puntos focales de importancia capital, el primero de los cuales consiste en La ley de los tres estados, el segundo obedece a la clasificación de las ciencias y el tercero al plan de la sociología. En relación con el primero, se trata de una “ley general sobre la marcha progresiva del espíritu humano”, ley que el conocimiento humano debe recorrer en tres etapas: la teológica (imaginativa), la metafísica (racional-abstracto) y la positiva (científica)⁶. De esta manera:

El orden es a la vez lógico y cronológico. En el primero, el hombre imagina que los hechos del universo son producidos por agentes sobrenaturales, los cuales operan según su arbitrio; en el segundo, apela a entidades abstractas, immanentes al universo; en el tercero, al reconocer que no puede llegar a verdades absolutas, causas primeras y fines últimos, se limita a averiguar, por la experiencia y la razón, los hechos y las leyes que los rigen (sus relaciones). (Capelletti: 1992, 13).

Notemos entonces cómo la etapa o estado positivo es consecuencia de un tránsito, de un desarrollo que es preciso y necesario experimentar, conducente al momento científico. Por otra parte, en cuanto a la clasificación de las ciencias, Capelletti escribe:

La filosofía es concebida así por Comte como metodología de las ciencias (...) de ahí que una de sus primeras tareas consista en proponer una clasificación de las mismas. Cada una de ellas pasa por las tres etapas y, cuando llega a la última, se constituye definitivamente como tal ciencia. (Capelletti: 1992, 13).

Y en relación con el plan de la sociología:

(...) la sociología de Comte es también una filosofía de la historia y una antropología filosófica, aunque la defina como un “estudio positivo de las leyes básicas que rigen los fenómenos sociales”. El determinismo impera, para él, en la sociedad y en la historia tanto como en la naturaleza. Por tal razón, el método de la ciencia social no puede ser esencialmente diferente al de la ciencia natural. (Capelletti: 1992, 13).

La propuesta comteana, que lleva implícito el objetivo clave de “orden y progreso”, empalma muy bien con las necesidades y expectativas de la realidad latinoamericana del momento. En Venezuela, por supuesto, cuanto hemos traído a colación en función de proyectos fundacionales republicanos halla un soporte ideológico que le es concomitante: la visión positivista de la vida y de la sociedad acusa la noción de marcha progresiva del conocimiento humano y pretende entonces la procura del desarrollo, de la organización, del ordenamiento social, tan ansiado en estas geografías. No es casual la acogida de la filosofía positivista por los pensadores venezolanos, pues ella bien podría estimular la organización de la República luego del caos generado por la guerra de Independencia, y asimismo acercarnos a la modernización en los estamentos políticos, económicos, jurídicos y sociales en general.

Cabe decir entonces que el positivismo, en palabras de Rom Harré, “puede concebirse como un abandono de la especulación en aras de la certeza” (Harré: 2005, 232). Tal objetivo, observémoslo, concuerda con los ideales de la Ilustración y se cruza con ellos, de modo que, ya en la década de 1860, un intelectual venezolano, Rafael Villavicencio, muestra su adhesión a la filosofía positivista en algunos de sus textos universitarios.

Si una de las clave del discurso positivista es la concerniente al “orden y el progreso”, para lograr tal fin aunada a ella se encuentra una herramienta cuya importancia es capital: conocer el contexto, el medio que se estudia mediante la observación, todo ello con la finalidad de evitar errores aplicando métodos inadecuados que se desvíen del hecho experiencial, es decir, de lo que desde la perspectiva positivista podría concebirse como lo real. Ramón Isidro Montes da cuenta de estas características básicas del positivismo cuando escribe, a propósito de la primera: “Yo hubiera querido, señores, dar más extensión á mi discurso, presentar el inmenso cuadro que se abre á los trabajos de la juventud para *el adelanto material y moral de los pueblos*” (42. nuestro). Notemos cómo el educador guayanés hace referencia a una idea que no debe pasar desapercibida, sobre todo en el momento en que lo dice (octubre de 1847) y que hemos resaltado a través del . Cuando se habla de adelanto, y en especial de adelanto material y moral, Montes está expresando muy tempranamente su adhesión a un clima de naturaleza positivista. Aun cuando faltan casi dos décadas para que el positivismo como filosofía y doctrina sistematizada entre de lleno en el ambiente y en el quehacer académico venezolano, ya nuestro autor manifiesta claras muestras de lo que quizás hayan sido sus lecturas y, en consecuencia, el lugar hacia el que apuntan sus consideraciones intelectuales. Continúa escribiendo Montes:

(...) no trabajamos en vano, nuestros esfuerzos se logran, nuestra obra será coronada: ¿qué hay imposible ante la voluntad de un joven? Acordáos de los inmortales pensamientos del orador Colombiano. “Todas, las naciones,

6 Cft.: Op.cit. p.12-13.

todos los imperios, fueron en su infancia débiles y pequeños como el hombre mismo á quien deben su institución: esas grandes ciudades que todavía asombran la imaginación, Menfis, Palmira, Tebas, Alejandría y Tiro, la capital misma de Belo y de Semíramis, y tú también, soberbia Roma, señora de la tierra, no fuiste en tus principios sino una mezquina y miserable aldea. No era en el Capitolio, no era en los palacios de Agripa y de Trajano; era en una humilde choza, bajo un techo pajizo, que Rómulo sencillamente vestido trazaba la capital del mundo y ponía los fundamentos de su inmenso imperio. (42-43).

Aquí la idea de progreso, la linealidad que evidencia el desarrollo al que alude Montes es notoria. Justamente, la filosofía positivista se asienta sobre la concepción de progreso y desarrollo toda vez que Comte manifiesta lo que ha llamado “ley general sobre la marcha progresiva del espíritu humano”⁷, que ha venido inspirándose con anterioridad en lecturas de Saint Simon y Turgot. Para llegar al cientificismo de la última etapa de la mencionada marcha progresiva, se hace necesaria una decantación que exigirá la ocurrencia de dos etapas previas, tal como referimos con anterioridad en este trabajo.

En otra de sus producciones ensayísticas (ahora en 1864), Ramón Isidro Montes continúa manifestando ideas de evidente raigambre positivista, específicamente aquellas vinculadas con la idea de progreso: “Ciudadanos! No olvidéis jamás el programa de la Sociedad Patriótica: el sostenimiento de la paz y del orden públicos, la cooperación á toda medida de progreso y de engrandecimiento patrio”. (107-108) y además: “Páreceme que estoy viendo el semblante animado de aquella juventud, sedienta de saber, anhelante de *progreso*, ebria de entusiasmo por las *ciencias*”.(140-141. nuestro). El progreso, de la mano con la ciencia, vistos entonces como requisitos centrales para hacer la patria grande, lo que empalma, como hemos visto ya, con la necesidad de avanzar en la organización nacional, en la fragua de una República moderna. Es la ciencia la garante del saber validado sobre la experimentación y en función del fenómeno que se planta ante nosotros, es decir, los hechos. Mediante la educación e instrucción públicas será posible sentar las bases de una ciudadanía concomitante al carácter de los republicanos. Es urgente promover, en medio de la miseria y la desolación que han producido las guerras independentistas, la educación que traerá luces y desarrollo. No en balde llega a afirmar Ramón Isidro Montes, en línea de reflexión paralela a los ideales positivistas que tratamos:

La regeneración de nuestro país, la salvación de la Patria, debe esperarse de los establecimientos de instrucción y de educación, llamados á proveerla mañana de miembros útiles, de buenos é inteligentes *ciudadanos*. (198. nuestro).

El orden y el progreso propiciados por el mecanismo expedito para alcanzarlo, según el mandato positivo, no otro que la educación y la observación del medio al que se pertenece con la intención de desechar vías poco fiables para llegar a la verdad (verdad científica). En tal sentido Luis Antonio Bigott sostiene que

La presencia de las corrientes de pensamiento positivistas y evolucionistas se fueron constituyendo como un factor que, a la larga, permitiría y facilitaría *el desarrollo de una actitud más consciente hacia el progreso, hacia la urgente necesidad de conocer en profundidad el medio físico y sus potencialidades, como pasos preliminares para una posterior aplicación de los adelantos de la técnica y de la ciencia mundial*. (Bigott: 1998, 95. nuestro).

Conocer el medio, estudiar el contexto, ubicarse en tanto conglomerado humano frente a la realidad fenoménica que nos toca, con sus particularidades y características propias. Sólo desde semejante perspectiva será posible empujarse por sobre las limitaciones y crecer, evolucionar, acceder al progreso y al desarrollo como país. El orden, la organización, la comprensión de lo que vamos siendo en el marco del ámbito en el que nos movemos, todo ello juega a favor del anhelo que es posible concretar: la constitución de un estadio superior, uno depositario de los valores positivos necesarios para aproximarnos a la era de la modernización.

Luego de la Guerra Federal, cuando el liberalismo resulta victorioso, las consideraciones positivistas atinentes al estudio y comprensión del medio en el que nos movemos tienen un antecedente claro. Ya en 1831 Antonio Leocadio Guzmán presenta su Memoria, pues fungía como Secretario del Interior y Justicia. Ahí expresa, a propósito de la iniciativa que pretende extender y profundizar la instrucción pública en el país creando un museo nacional, que éste no supone únicamente un edificio cargado de curiosidad científica sino un ente receptor de la producción venezolana asociada a la ingente variedad de nuestro medio, el cual terminaría por transformarse, más temprano que tarde, en fuente preciosa de saber a propósito de nuestra condición tanto rural como urbana⁸. Un museo nacional que recogería entonces los saberes de nuestro alrededor, de nuestra especificidad natural, de nuestras geografías, flora y fauna, por ejemplo, trocados posteriormente en provecho industrial para el país.

Justo en relación con lo anterior, la idea positiva que cala en Ramón Isidro Montes presenta una directriz que apunta a idénticos fines. Fijémonos cómo, nuevamente, Montes no puede ocultar al ser positivista que anida en sus reflexiones. Leamos lo que para 1868 escribe:

(...) la razón humana, obedeciendo al decreto de su destino, cumpliendo la ley inexorable del trabajo, debe entrar en lucha, lucha formidable, con el Universo que la rodea: estudiar la íntima naturaleza de la materia y escudriñar los arcanos de la vida de los innumerables seres que pueblan la Tierra; recorrer ésta en toda su extensión, descender luego hasta sus entrañas y pasmarse al encontrar que tiene, como el hombre, un corazón de fuego; avasallar los mares y sondear sus profundos abismos; remontarse á los aires y medir ese otro abismo suspendido sobre nuestras cabezas; arrebatarse el rayo á la tormentosa nube; seguir y alcanzar á los astros en su rápido curso; sorprender la luz en su vuelo impalpable; hacer brotar de la materia inerte un fluído activo, poderoso, y convertirlo en misterioso

7 Comte, A. (1982). Discurso sobre el espíritu positivo. Buenos Aires: Aguilar.

8 Cfr.: Pensamiento político del siglo XIX. (1961).Caracas: Ediciones Conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia.

conductor de la palabra del hombre aún al través de los profundos abismos del océano; *arrebatarse así a la naturaleza entera sus más recónditos secretos, y formular las leyes del mundo físico.* (147. nuestro).

Para progresar, para llegar a la verdad que es preciso hurgar en el medio, plantados ante el fenómeno que tenemos enfrente, resulta prioritario estudiarlo, acudir a la experiencia sostenida por el método de la ciencia, y desde ese horizonte “arrebatarse” secretos que permitirán a la postre generar conocimiento científico.

Y descansando sobre lo anterior, Montes da cuenta del hecho clave para progresar como nación libre, como República que es imperativo levantar:

(...) teniendo cada pueblo sus necesidades especiales, sus instintos y predisposiciones característicos, debe tener también una instrucción y educación análoga á su carácter y consecuente con sus necesidades: un pueblo naciente no debe recibir aquel género de instrucciones propias de pueblos adultos ó adelantados en el camino de la civilización: un país republicano, nacido para la libertad democrática, no debe ser educado con máximas, principios prácticos propios de otras formas de Gobierno. Si en esto se yerra, si se da á la instrucción y educación popular una dirección desatinada, veráse entonces el extraño fenómeno de un pueblo inteligente, instruído, abundante en ideas, pero incapaz de dar satisfacción á sus más vitales necesidades; pero impotente para vencer á una naturaleza enemiga que por todas partes le acosa; pero inepto, inhábil, para el progreso, que es la ley de su destino: veráse el extraño fenómeno de un pueblo á quien sus instintos y necesidades llaman á la República y á quien sus costumbres alejan de la República; de un pueblo que por su carácter no puede ser sino republicano, y por sus hábitos no puede sin embargo ser republicano. Contrayéndome únicamente á la instrucción, yo pregunto: ¿la que se ha dado en nuestras Universidades y Colegios responde á las necesidades de nuestro país? (149).

La educación, entonces, teniendo por foco las necesidades, la idiosincrasia, las costumbres, el ámbito particular de quienes serán los educandos.

Como ejemplos adicionales, observemos en otros pasajes de sus obras escritas lo que al respecto insiste Montes en reafirmar:

Desdeñada toda enseñanza de Industrias, Artes y Oficios; descuidado el estudio de las ciencias de aplicación práctica á la satisfacción de las urgentes necesidades de nuestro país para su marcha en la vía del progreso; favorecido hasta la profusión el estudio de ciertas ciencias privilegiadas que aparecen á los ojos del pueblo como las únicas capaces de dar honra y provecho ; nuestra talentosa juventud se vé obligada a encarrilarse por las dos únicas vías de estudio científico que conducen á las profesiones civiles de la Medicina y el Foro. (154).

Y además:

(...) es incuestionable que está descentralizada la instrucción secundaria, y que por lo tanto cada gobierno local está en aptitud de dirigirla á la satisfacción de las necesidades y en armonía con los intereses de cada localidad. Maracaibo puede dar marinos inteligentes é ingenieros prácticos, y plantear escuelas y talleres de construcción naval; los estados Bolívar, Aragua y Carabobo pueden formar agricultores y comerciantes, y plantear escuelas de Artes y Oficios; el Guárico, Apures y Barcelona pueden fundar escuelas de Veterinaria y de otras artes relacionadas con la industria pecuaria; Guayana puede y debe fundarlo todo, porque tiene para todo y porque necesita de todo. (154).

Ya a mediados de la segunda mitad del siglo XIX, según Bigott, “las palabras claves -bienestar y progreso- se hicieron presentes en relación con temas como unidad nacional, poblamiento, vías de comunicación, instrucción popular y desarrollo de una educación científica” (Bigott: 1998, 105). Si bien tal ideal apenas iniciaba su correspondiente inicio, el norte fundamental que aparecía en el horizonte está impregnado de la filosofía positivista. Serán los hombres de academia, atrincherados en la universidad venezolana, quienes ejerzan la labor de asimilación y difusión del positivismo como corriente en boga.

En diciembre de 1866, Rafael Villavicencio pronuncia un discurso que destaca y defiende las ciencias y la cosmovisión positivista. Tal pronunciamiento fue publicado con posterioridad en *El Federalista*, lo cual denota el ánimo presente en quienes llevan a cabo la tarea: dar a conocer, difundir, inculcar una nueva forma de entender la realidad y asimilarla. La universidad se constituye así en centro neurálgico para la formación de élites intelectuales y para recibir con los brazos abiertos el avasallante influjo del positivismo en nuestro país. El proyecto del liberalismo, la modernización en el amplio abanico de lo que la palabra implica, todo ello forma parte de la doctrina asumida y resultará imperativo sembrar sus bases para cosechar luego las bondades que semejante concepción debe aportar a la sociedad. Se trata entonces de un paradigma emergente, inédito en la Venezuela que estudiamos, que trastoca las bases de la tradicional concepción filosófica especulativa heredada del dominio español y fundada en la escolástica medieval. En Venezuela, sostiene Bigott que “fue casi inmediatamente después de ser publicada la obra de Spencer cuando el positivismo penetró en la universidad, en 1863, con Adolfo Ernst y en 1866, con Rafael Villavicencio”. (Bigott: 1998, 109).

Resulta lógico que para una sociedad como la venezolana el positivismo se haya trocado en esperanza de progreso y en fuerza considerada capaz de propiciar los cambios sociales, políticos, educativos y económicos requeridos. Dándole la espalda, como hemos visto ya, a la zona extrafenoménica de cuanto hemos aceptado como realidad, persigue el estudio y conocimiento del fenómeno que simplemente aparece ante nosotros, lo cual equivale al famoso criticismo de Kant frente al conocimiento como totalidad⁹, es decir, el fenómeno supone las fronteras del conocer, es en función de lo fenoménico cuanto podemos extraer bajo

⁹ Cfr.: Kant, Emmanuel. (2007). *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Colihue.

el rótulo de saber, y las ciencias positivas serán las garantes, validadoras, de tal conocimiento. Así, será posible entonces conocer los secretos de la naturaleza, practicar la ciencia tanto natural como social, y obtener de ellas el respaldo ideológico (y concreto, además) para los cambios que se procuran. “Enmarcado dentro de esta situación”, escribe Arturo Sosa,

El positivismo aparece a los ojos de los latinoamericanos como la doctrina salvadora, en él se concentran todas las ilusiones de transformación social; aparece como un movimiento de liberación política, económica, cultural y científica. (Sosa: 1974, 26).

Tomando en cuenta la aceptación, el auge y evolución del positivismo en Venezuela, los historiadores están de acuerdo en que han sido tres las generaciones de positivistas venezolanos¹⁰ cuya labor sentó las bases de la corriente filosófica que estudiamos y adelantó el trabajo sostenido desde sus preceptos. La primera de ellas coincide con el período guzmancista y la componen quienes alentaron los primeros trabajos de esta índole y se transformaron en sus promulgadores: Adolfo Ernst y Rafael Villavicencio. La segunda generación se vincula estrechamente con el intenso quehacer científico-humanista de quienes recibieron el testigo intelectual de los fundadores. En lo político irrumpe durante los gobiernos de Rojas Paúl, Andueza Palacios, Joaquín Crespo, Ignacio Andrade y Cipriano Castro. Su momento de acción se extiende entre los años 1888-1908. Por último, la tercera generación de positivista venezolanos coincide con el período dictatorial de Juan Vicente Gómez (1908-1935) y está formada básicamente por Gil Fortul, Lisandro Alvarado, César Zumeta, Laureano Vallenilla Lanz, Pedro Manuel Arcaya, José Ladislao Andara, Elías Toro, Julio C. Salas, Samuel Darío Maldonado, Jesús Semprún, incluso Luis Manuel Urbaneja Achepohl y Rómulo Gallegos. En líneas generales, y cubriendo el amplio espectro de lo realizado por las tres generaciones de científicos y humanistas mencionadas, cabe decir que los valores positivistas, en especial sus valores pedagógicos, supondrán en nuestro país una profundización de la pedagogía ilustrada, mucho más cuando a partir de 1870, específicamente al ser promulgado el Decreto del 27 de junio, se promueva y establezca la instrucción universal, obligatoria y gratuita para los educandos en edad infantil, “en el marco del laicismo y de la moral naturalista bajo la guía del método de la enseñanza objetiva”. (Hernández Heres: 2009, 63).

Como hemos referido antes, la premisa esencial del positivismo es el orden y el progreso. En Venezuela, según vimos, tal consigna trascendió con creces la retórica vacua. En verdad, de la mano de un ideal de educación que fue su palanca impulsora, el orden y el progreso intentó concretarse en los diversos campos sociopolíticos. Orden y progreso en función de mejores vías de comunicación, de mayor número de escuelas, de acceso a una burocracia administrativa mucho más compleja, de la formación paulatina de una nueva ciudadanía y, en fin, teniendo como norte la construcción de la República, sumergida en una modernización creciente, afincada en la ciencia como eje transversal del conocimiento y la verdad.

En tal sentido, cabe considerar aquí ciertos temas que son de importancia capital en el positivismo europeo y, por supuesto, venezolano. Uno de ellos es el científicismo, asunto del que hemos tratado ya. De éste cabe resaltar lo siguiente a propósito de los objetivos de este trabajo: la particularidad de que obra sobre la base de los hechos, del fenómeno presente, que es cuanto puede entenderse o asimilarse como “positivo”. Tal es el peldaño sobre el que se articula su concepción de la filosofía en tanto producto derivado de un sistema científico y tal es la premisa cuya conclusión supone la exclusión metafísica. Ramón Isidro Montes proporciona claras muestras de su condición de pensador fuertemente irradiado del científicismo que aludimos. Cuando escribe acerca de la necesidad de volcarnos hacia nuestro medio y estudiarlo, asimilarlo e internalizarlo, lo hace desde un horizonte mediado por la ciencia. No se trata de conocer la geografía venezolana o de internarse en las selvas guayanesas en una labor de contemplación similar a ciertos estados místicos. Por el contrario, lo que propone es el escrutinio de nuestras realidades usando el mecanismo expedito que todo positivista posee como herramienta principal: el método científico. Haciendo ciencia llegaremos a la verdad científica, y desde ella podrá entonces procurarse el cambio, el aprovechamiento de los recursos que se nos brindan a manos llenas.

Otro gran tema presente en la corriente positivista es el naturalismo. Al respecto, Capelletti nos dice lo que a continuación transcribimos:

El positivismo es naturalista en dos sentidos diferentes: 1.- reduce, de acuerdo con la filosofía de la Ilustración, lo sobrenatural a lo natural, 2.- reduce lo social y lo cultural a lo natural y lo biológico. El naturalismo está presente en el pensamiento de Razetti, de Alvarado, de Briceño Vásquez, de Elías Toro, de López Méndez, de Delgado Palacios, etc. Implícito lo hallamos en Ernst y aún en Villavicencio que concluye en un monismo espiritualista. (Capelletti: 1992, 33).

El naturalismo como tema clave del positivismo es consecuencia lógica de su exclusión de toda metafísica y, de igual manera, entre otras razones gracias a la corriente evolucionista (Spencer) que lo impregna. Si leemos con detenimiento a Ramón Isidro Montes, notaremos en su pensamiento, no obstante, cierto reduccionismo compatible con el segundo sentido aludido por Capelletti al hacer alusión al positivismo, pero un marcado alejamiento del primero. Montes es un hombre de fe, y sobre esa verdad se acerca a un positivismo que admite el diálogo fe-ciencia, que no desecha la posibilidad del orden metafísico y que, en consecuencia, lo acerca probablemente a Spencer. Pero ya tendremos oportunidad, más adelante, de ampliar esta idea. Por lo pronto tengamos presente que Montes no lleva a cabo la reducción de lo sobrenatural a lo natural. En efecto, lo primero abarca el espacio de lo religioso, de esa verdad que resulta inexplicable en tanto fenómeno que se muestra y que a través de la experiencia científica puede ser verificable. Nuestro autor parte de la idea de que ambos compartimentos (por llamarlos de algún modo)

¹⁰ Para un acercamiento más sistematizado a esta clasificación, Cfr.: Sosa, Arturo. (1974). La filosofía política del gomecismo. Barquisimeto: Centro Gumilla.

están ahí, nos tocan, conviven: lo fenoménico y lo extrafenoménico, es decir, lo físico y lo metafísico.

Al respecto, el día 27 de octubre de 1868 Ramón Isidro Montes pronuncia un discurso en el Salón Principal del Colegio del Estado de Guayana, con motivo de inaugurarse la reedificación del edificio. Entre sus reflexiones podemos resaltar lo siguiente:

Y ved, señores, como se levanta ese edificio, vuelta la faz hacia el Oriente como para recibir la luz; sí, la luz de la civilización que en el transcurso de los siglos ha marchado, como el sol en su aparente curso, de Oriente á Occidente. Y observad, señores, como este edificio, la casa de instrucción del pueblo, se levanta vuelta la faz hacia el templo católico, la Casa de Dios, ese otro Oriente luminoso, en donde se eleva diariamente el Sol de la Eterna Verdad (...) ¿Os habéis detenido, señores, á meditar sobre el cúmulo de reflexiones que sugiere esta situación respectiva de ambos edificios? *Aquí el santuario del saber y de la inteligencia humana; allí el santuario de la sabiduría divina, de la inteligencia infinita; aquí los esfuerzos y las aspiraciones de la Filosofía; allí las verdades y los consuelos de la Religión; aquí la razón humana, allí la Revelación, hermanas gemelas, emanaciones ambas de Dios que deben ayudarse y servirse mutuamente, que deben marchar en constante y perpetua alianza, porque Dios no puede contradecirse en sus obras: la Razón humana debe justificar, y justifica en efecto, lo que Dios ha revelado; la Revelación debe completar, y completa en efecto, lo que la razón ha alcanzado en sus nobles esfuerzos y aspiraciones hacia el descubrimiento de la verdad.* (146-147. nuestro).

Advirtamos cómo en el educador guayanés conviven ambas parcelas, que para él conforman modos del conocer humano. La razón y la fe dan cuenta de un todo que las contiene, cuyo epicentro es Dios. De este modo fijémonos en dos cuestiones de importancia capital: la primera, que el hecho metafísico es aceptado y tenido como parte de nuestra realidad, y la segunda, que el ámbito metafísico y el de la razón humana no son mutuamente excluyentes sino todo lo contrario, es decir, “deben marchar en constante y perpetua alianza”. La razón (eje ilustrado y positivista al que, es preciso reafirmarlo, lo ubicamos desde la perspectiva intelectual) y la revelación, consideradas “hermanas gemelas” por constituir emanaciones de la divinidad.

Leamos, de la mano de Montes, otro pasaje en el que se ilustra nuevamente lo que comentamos:

Cuando en esa lucha titánica, la Razón humana se siente vacilante, fatigada, y cae como un gladiador rendido sobre la arena del combate; cuando se siente desfallecida, náufrega en un océano de oscuridad y de dudas; entonces debe volver la vista al Dios de la Verdad, implorar el auxilio de la Gracia, pedir un rayo de inspiración Divina, oír la voz consoladora de la Revelación. (148).

Tal como lo hiciera Andrés Bello, no dar la espalda a asuntos extrafenoménicos (la religión), Ramón Isidro Montes de igual modo cabe en tal corriente de consideraciones. De Bello, Arturo Sosa expresa:

En el pensamiento de Don Andrés Bello son discernibles las influencias del positivismo utilitarista de Bentham, el sensualismo de Condillac y el empirismo de Locke; con John Stuart Mill sostiene relaciones en Inglaterra. Sin embargo, Bello no desdeña todo pensamiento metafísico, por lo que Menéndez y Pelayo lo califica de “positivista mitigado”. (Sosa: 1974, 28).

Así, a propósito de Montes, nos aproximarnos a la idea de que fue un ilustrado y un positivista que bebió en las fuentes del pensamiento en boga durante la época que le tocó vivir, aunque su formación positivista, entonces, va de la mano con la aceptación de la fe capaz de dialogar con la razón humana. No sería insensato afirmar, como en el caso de Bello, que Montes también forma parte de positivistas mitigados, ya sabemos por qué motivaciones.

Creemos que Ramón Isidro Montes tiende hacia un positivismo hasta cierto punto spencereano¹¹, pues evidencia en su pensamiento la noción de evolución en el sentido en que lo expone Capelletti:

La evolución se produce: 1.- de lo incoherente a lo coherente; 2.- de lo homogéneo a lo heterogéneo; 3.- de lo indeterminado a lo determinado (...) En Spencer el positivismo se vincula con el liberalismo y el individualismo (...) el Estado funda su poder sólo en la voluntad de los individuos que quieren vivir permanentemente juntos. (Capelletti: 1992,15).

Lo cual empalma justamente con la visión de futuro, con la línea de desarrollo social vislumbrada por Montes en tanto posibilidad de acceder a lo coherente y a lo determinado, en medio de la heterogeneidad propia de sociedades que cada vez se tornan más complejas. Cuando Montes expresa que “mayores son los esfuerzos y los triunfos de la Razón humana en sus aspiraciones á estudiar la naturaleza del espíritu y formular las leyes del mundo moral (147-148)”, subyace en tal sentencia el giro que denota la tendencia a la coherencia y la homogeneidad con vistas al futuro. Las “leyes” del mundo moral constituyen la compactación de lo coherente y homogéneo, derivados de su antítesis, antes de que la razón indague en el caos original.

Asimismo, Spencer no niega la existencia de lo que llama un “absoluto”, sobre el que resulta imposible afirmar algo, pues tal absoluto equivale a lo incognoscible. De esta manera, mediante la incognoscibilidad puede intentarse cierta conciliación entre fe y razón, es decir, entre religión y ciencia. Negar lo incognoscible sería un imposible en tanto su contrapuesto, lo cognoscible, se refiere a un absoluto.

De igual forma, tal como el positivismo deja entrever en el evolucionismo otro de sus grandes temas, podemos decir que ciertos “monismos” forman parte de sus características. La teoría de la evolución biológica culmina, entonces, en lo que se cono-

¹¹ Para un mayor acercamiento a la corriente spencereana dentro de la filosofía positivista, Cfr.: Bigott, Luis Antonio.(1995). Ciencia y educación en el positivismo venezolano. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

ce como monismo materialista (Haeckel), cuyo argumento básico es que sólo la materia es capaz de originar materia. Respetando las leyes de la evolución de Darwin, afirma que ésta es la causa originaria de formas más o menos organizadas de lo orgánico e inorgánico. Paralelamente a esta concepción aflora otra vertiente, conocida como monismo espiritualista, cuya directriz se asienta en que la materia, sin ser negada, ni tampoco las leyes mecánicas que rigen su evolución, caben en una teleología que las abarca, o sea, forman parte de un todo mayor que las contiene y del que poco se puede decir. Si bien Ramón Isidro Montes no es un monista a rajatabla, ni mucho menos, creemos que tiende, según hemos captado de su pensamiento metafísico, hacia el monismo espiritualista. Montes es un hombre de fe, un ferviente creyente, un católico que aún bajo su profesión de fe, desecha todo dogmatismo y se abre al diálogo, da cabida al encuentro y al abrazo entre ciencia y religión.

El positivismo latinoamericano, del que no fue una excepción el venezolano, alberga la antítesis entre civilización y barbarie. Numerosos positivistas nativos asumen la civilización como producto del desarrollo, del progreso alcanzado gracias al quehacer científico transformado en palanca impulsadora del conocimiento. Montes da cuenta de esta distinción y desde sus escritos se manifiesta en pasajes de diáfana claridad:

Ved los grandes males que ha sufrido la República: explícense acaso fácilmente por la relajación de los principios morales y la ignorancia del pueblo: pues bien, fortalezcamos los resortes morales, difundiendo y practicando los principios religiosos, único cimiento sólido de la moral: instruyamos y eduquemos al pueblo, persiguiendo de muerte la ociosidad é inculcando el amor al trabajo y la práctica de la virtud. Trabajemos, pues, ¡oh jóvenes! de consuno, sin desmayar, con la voz y con el ejemplo, sin que haya entre nosotros odiosos colores políticos, ni más partido que el de la Patria, por el progreso material y moral, por las mejoras en las artes, por el engrandecimiento del comercio, por el fomento de la agricultura. Así nuestra patria será feliz, se elevará a la altura de sus destinos, y tendrá poder y gloria, nombre y fama entre las naciones civilizadas. (52-53).

Los males de la república provienen de la relajación de la moral y la “ignorancia del pueblo”. La oscuridad que implica la falta de educación e instrucción constituye la barbarie, extremo de los contrarios cuya faz lumínica, apolínea, vendrá dada por el fortalecimiento de la religión y la educación de todos. Obsérvese que la civilización equivaldrá, para Montes, a progreso material, artístico y moral.

El anticlericalismo es otro de los temas fundamentales del positivismo. La Iglesia Católica ejerció una influencia tremenda en la Venezuela colonial y del siglo XIX, que poco a poco fue posteriormente cediendo ante el embate del positivismo y del laicismo que le era concomitante. Los positivistas venezolanos, en su mayoría, combatieron la excesiva injerencia del clero en la sociedad, desde sus múltiples aristas: educativa, cultural, política y académica, pero es importante tener presente que no todos lo hicieron con el mismo ímpetu y afán de separación. Hemos visto cómo Ramón Isidro Montes, aunque no cuenta en nuestra historia como un pensador positivista (los trabajos de investigación acerca del ejercicio intelectual y la impronta de Montes en la sociedad venezolana son sumamente escasos), a nuestro juicio se aproxima a tal condición, haciendo la salvedad de que, toda vez que asumió la religión católica con observancia y rectitud, puede contarse entre quienes entendían y apoyaban la labor de la Iglesia y, mucho más allá, el de la religión en un pueblo como el de Venezuela.

Por último cabe mencionar que algunos pensadores integrantes de la segunda y tercera generación de positivistas venezolanos (Lisandro Alvarado, Laureano Vallenilla Lanz, por ejemplo) consideraban que entre las causas del poco desarrollo del país, de su atraso político, económico y social, se encontraban razones vinculadas con el ínfimo contacto entre las diversas regiones de la geografía nacional y la baja densidad demográfica que presentaba Venezuela durante la segunda mitad del siglo XIX y primeras décadas del XX. Para solventar tal realidad, que obviamente incidía de forma negativa en el país, defendían y proponían una política agresiva de inmigración.

Semejante idea tenía como punto de fuga dos vertientes fundamentales: una, orientada a que mediante la inmigración controlada se poblara el territorio nacional con individuos provenientes preferiblemente de Europa, y otra, cuyo objetivo consistía en traer inmigrantes que al incorporarse a la realidad venezolana entregaran también cultura y conocimientos de índole científico-práctico.

Ramón Isidro Montes defiende abiertamente la inmigración, cree que ella es favorable para el país, supone que tal política terminará trayendo mejores condiciones de vida para todos y grandes ventajas para la Venezuela que le ha tocado vivir. Notemos cómo sus ideas al respecto van de la mano con la concepción positivista que tratamos:

Es imposible el progreso sobre todo en países de extenso territorio, sin buenas vías de comunicación: ellas acortan las distancias, atraen la concurrencia de brazos, ensanchan la esfera del consumo, fomentan y multiplican la producción, son estímulo del comercio, son poderoso incentivo a la inmigración, esa gran necesidad de los pueblos incipientes y de territorios desiertos. (151).

Y, para finalizar, leamos una vez más lo que al respecto escribe nuestro autor:

(...) celebramos realmente la causa de la civilización y del progreso de un pueblo. Yo tomo por bandera la causa de la América Española, cuyo más brillante porvenir consiste en atraer á su pueblo numerosa inmigración de europeos, en poblar sus tierras y campiñas, fértiles, riquísimas, pero incultas y desiertas. Yo tomo por bandera la causa de Venezuela (...) la causa de nuestra querida Guayana, oasis de orden y de paz en medio de ese océano de sangre y fuego que destruye el resto de Venezuela, que proclama como una de sus necesidades vitales la afluencia de inmigración extranjera; la causa de Ciudad Bolívar, nuestra ciudad capital, suelo hospitalario para gran número de extranjeros, que á su vez retribuyen esa hospitalidad, empujándola con sus capitales y con sus hábitos de honradez y laboriosidad por la vía del progreso material y del engrandecimiento moral. (191-192).

Creemos, luego de hurgar en documentos, en un material ensayístico de incalculable valor historiográfico, en las reflexiones que Ramón Isidro Montes ha dejado para la posteridad, que su pensamiento político, sus consideraciones éticas, pero sobre todo su ideario educativo, están atravesados por los valores de la Ilustración y, sin lugar a demasiadas dudas, por las ideas positivistas que recalaron en tierras venezolanas empalmando con aquéllos y profundizándolos, como observamos a lo largo de estas páginas, ya en el último tercio del siglo XIX.

Ramón Isidro Montes fue un hombre de su tiempo que a su modo también resultó ser un pensador adelantado a la época que le tocó transitar. Desde su formación ilustrada y positivista imaginó una Venezuela diferente, escribió y reflexionó acerca de lo que a su juicio suponía una mejor forma de labrarnos como República, y como si lo anterior fuese poco, entregó su existencia, hasta el final de sus días, a la pasión de educar en función de cuanto creyó fundamental a la labor del maestro.

No otra, tengamos la seguridad de ello, ha sido para el presente su rica herencia intelectual.

Referencias bibliográficas

Bigott, Luis Antonio. (1995). *Ciencia, educación y positivismo en el siglo XX venezolano*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

----- (1998). “Ciencia positiva y educación popular en la segunda mitad del siglo XIX”. En: *Historia de la educación en Venezuela* (Rodríguez Nacarid, comp). Caracas: Universidad Central de Venezuela.

Capelletti, Ángel. (1992). *Positivismo y evolucionismo en Venezuela*. Caracas: Monte Ávila.

Comte, A. (1982). *Discurso sobre el espíritu positivo*. Buenos Aires: Aguilar.

Fernández Heres, Rafael. (2009). *Ideas y conflictos en la educación venezolana*. Caracas: Ediciones de la Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia.

Ferrater Mora, José. (1994). *Diccionario de Filosofía*. Tomos I y II. Barcelona: Ariel.

Harré, Rom. (2005). *1000 años de filosofía*. Madrid: Santillana.

Kant, Emmanuel. (2007). *Crítica de la razón pura*. Buenos Aires: Colihue.

Montes, Ramón Isidro. (1891). *Ensayos poéticos y literarios*. Colección de composiciones en prosa y verso. Caracas: Imprenta y Litografía del Gobierno Nacional.

Óscar Sambrano Urdaneta y Domingo Miliani. (1994). *Literatura Hispanoamericana*. Caracas: Monte Ávila.

Padrón Ferrer, Amasis. (2006). *Historia y filósofos de la educación*. Maracaibo: La Universidad del Zulia.

Pensamiento Político del Siglo XIX. (1961). Caracas: Ediciones conmemorativas del Sesquicentenario de la Independencia.

Sosa, Arturo. (1974). *La filosofía política del gomecismo*. Barquisimeto: Centro Gumilla.